

Los pequeños grandes libros. — 3

MIGUEL BAKOUNINE

EL PATRIOTISMO

006927

— 35 cènts. —

G.D.R.S. - A.E.P.
Barcelona

EDITORIAL ATLANTÉ
CONTINUADORA DE LAS PUBLICACIONES
GRANADA
344 — DIPUTACIÓN — 344
BARCELONA



1 2

EL PATRIOTISMO



Imprenta del Anuario Comercial, Villarroel, número 6, — Barcelona

◆ Los pequeños grandes libros.—3◆

MIGUEL BAKOUNINE

EL PATRIOTISMO

Traducción de Rosendo Diéguez



*G.D.R.S.-A.B.P.
Barcelona*

EDITORIAL ATLANTE

CONTINUADORA DE LAS PUBLICACIONES

GRANADA

34 — DIPUTACIÓN — 34

BARCELONA

EL PATRIOTISMO

Cartas a los internacionales del Jura

CARTA PRIMERA

Amigos y hermanos :

Antes de abandonar vuestras montañas, siento la necesidad de significaros una vez más, por escrito, mi gratitud profunda por la recepción fraternal que me hicierais. ¿No es cosa maravillosa que un hombre, un ruso, un ex noble, que hasta el último instante os fuera desconocido, y que por primera vez ponía la planta en vuestro país, se encontrara, en cuanto llegó, rodeado de muchos centenares de hermanos?

Este milagro no puede hoy realizarse sino por la *Asociación internacional de trabajadores*, y esto por una razón sencilla: porque sólo ella representa en la actualidad la vida histórica, el poder creador del porvenir político y social. Los que se hallan unidos por un pensamiento vivo, por una voluntad y por una gran pasión comunes, son realmente hermanos, aun cuando no se conozcan.

Hubo una época en que la burguesía, dotada del mismo poder de vida y constituyendo exclusivamente la clase histórica, ofrecía el mismo espectáculo de fraternidad y de unión, así en los actos como en el pensamiento.

Fué ésta la mejor época de dicha clase, respetable siempre, sin duda, pero en lo sucesivo impotente, estúpida y estéril; la época de su más enérgico desarrollo. Lo fué también la que precediera a la gran revolución de 1793; lo fué también, aunque en menor grado, la de antes de las revoluciones de 1830 y de 1848.

Entonces la burguesía tenía mucho que conquistar, un sitio de que apoderarse en la sociedad, y organizada para el combate, inteligente, sintiéndose armada del derecho de todo el mundo, estaba dotada de una omnipotencia irresistible; ella sola hizo contra la monarquía, la nobleza y el clero reunidos, las tres revoluciones.

En aquella época, la burguesía había también creado una asociación internacional, universal, formidable: la *Franmasonería*.

Se engañaría quien juzgara la masoquería del siglo pasado, y aun la del presente, con arreglo a lo que es hoy. Institución por excelencia burguesa, en su desarrollo, por su poder creciente primero y más adelante por su decadencia, la *franmasonería* ha representado hasta cierto punto el desarrollo, el poder y la decadencia intelectual y moral de la burguesía. En la actualidad, caída en el triste papel de una vieja intrigante y chocha, es nula, inútil, a veces perjudicial y siempre ridícula, mientras que antes de 1830 y antes de 1793 sobre todo, habiendo reunido en su seno, con pocas excepciones, todos los cerebros escogidos, los corazones más ardientes, las voluntades más altivas, los caracteres más audaces, había constituido una organización activa, poderosa y realmente bienhechora.

Era la encarnación enérgica y la realización de la idea humanitaria del siglo XVIII.

Todos los grandes principios de libertad, de igualdad, de fraternidad, de la razón y de la justicia hu-

manas, elaboradas primero teóricamente por la filosofía de este siglo, se habían vuelto, en el seno de la francmasonería, dogmas prácticos y como las bases de una moral y una política nuevas, el alma de una empresa gigantesca de demolición y de reconstrucción.

La francmasonería no fué en aquella época nada menos que la conspiración universal de la burguesía revolucionaria contra la tiranía feudal, monárquica y divina. Fué la Internacional de la burguesía.

Sabido es que casi todos los actores principales de la primera revolución fueron francmasones, y que cuando esta revolución estallara encontró, gracias a la francmasonería, amigos y cooperadores fieles y poderosos en todos los demás países, lo que seguramente contribuyó mucho a su triunfo.

Pero es de igual modo evidente que el triunfo de la revolución acabó con la francmasonería, porque, habiendo la revolución colmado en gran parte los anhelos de la burguesía y habiéndola hecho ocupar el puesto de la aristocracia nobiliaria, la burguesía, después de haber sido tanto tiempo una clase explotada y oprimida, se ha vuelto a su vez, naturalmente, la clase privilegiada, explotadora, opresora, conservadora y reaccionaria, la amiga y el sostén más firme del Poder. Después del golpe de Estado del primer Napoleón, la francmasonería se había tornado, en gran parte del continente europeo, una institución imperial.

La restauración resucitóla un tanto. Viéndose amenazada con la vuelta del antiguo régimen, obligada a ceder a la Iglesia y a la nobleza coligadas el lugar que había conquistado por la primera revolución, la burguesía se había forzosamente vuelto a hacer revolucionaria.

Pero ¿qué diferencia entre este revolucionarismo recalentado y el revolucionarismo ardiente y poderoso que la inspirara a fines del siglo anterior?

Entonces la burguesía había obrado de buena fe, había creído seria y sencillamente en los derechos del hombre, había sido impulsada, inspirada por el

renio de la demolición y de la reconstrucción, encontrábase en plena posesión de su inteligencia y en el pleno desarrollo de su fuerza; aun no sospechaba que un abismo separábala del pueblo: se creía, se sentía, era realmente la representante del pueblo.

La reacción thermidoreuse y la conspiración de Babeuf, priváronla para siempre de esta ilusión. El abismo que separa al pueblo trabajador de la burguesía explotadora, dominadora y feliz, se abrió; y nada menos que el cuerpo de la burguesía entera, toda la existencia privilegiada de los burgueses, se necesitan para colmarle.

Así, pues, no fué la burguesía entera, sino sólo una parte de la burguesía, la que tornó a conspirar después de la Restauración, contra los regimenes clerical y nobiliario y contra los reyes legítimos.

En mi próxima carta os expondré, si me lo permitís, mis ideas acerca de esta última fase del liberalismo constitucional y del carbonarismo burgués.

CARTA SEGUNDA

Dije en mi anterior que las tentativas reaccionarias, legitimistas, feudales y clericales, habían hecho revivir el espíritu revolucionario de la burguesía, pero que entre ese espíritu nuevo y el que le animara antes de 1793, había una enorme diferencia. Los burgueses del siglo pasado eran gigantes comparados con los cuales, los más atrevidos de la burguesía de este siglo, no aparecen sino como pigmeos.

Basta comparar sus programas para asegurarse de que así es.

¿Cuál fué el de la filosofía y de la gran revolución del siglo XVIII?

Ni más ni menos que la emancipación integral de la humanidad entera; la realización del derecho y de la libertad real y completa para cada cual, por la igualación política y social de todos; el triunfo de lo humano sobre los restos del mundo divino; el reino de la justicia y de la igualdad en la tierra.

En lo que hizo mal esta filosofía y esta revolución, fué en no comprender que la realización de la fraternidad humana era imposible mientras hubiera Estados, y que la abolición real de clases, la igualación política y social de los individuos, no será posible sino por la igualación de los medios económicos de educación, instrucción, del trabajo y de la vida para todos.

Sin embargo, no puede reprocharse al siglo XVIII el no haber comprendido esto. La ciencia social no se crea, no se estudia solamente en los libros; necesita las grandes enseñanzas de la historia, y fué preciso hacer la revolución de 1789 y de 1793, fué menester pasar nuevamente por las pruebas de 1830 y

1848, para llegar a la conclusión en adelante irrefragable de que toda revolución política que no tiene por objeto *inmediato y directo* la igualdad económica, no es, desde el punto de vista de los intereses y de los derechos populares, más que una reacción hipócrita y disimulada.

Esta verdad, tan evidente y tan sencilla, era aún desconocida a fines del siglo XVIII, y cuando Babeuf estableció la cuestión económica y social, el poder de la revolución estaba ya agotado.

Mas no por eso deja de quedarle a esta última el honor inmortal de haber planteado el más grande de los problemas que nunca haya sido en la historia planteado: el de la emancipación de la humanidad entera.

En comparación con este programa inmenso, ¿vemos qué objeto persigue el programa del liberalismo revolucionario, en la época de la Restauración y de la monarquía de Julio?

La mal llamada libertad, bien sabia, bien modesta, bien reglamentada, bien limitada, hecha para el temperamento empequeñecido de una burguesía medio harta, y que, cansada de combates e impaciente por gozar, sentíase ya amenazada, no ya de arriba sino de abajo, y con inquietud veía apuntar en el horizonte, como una masa negra, esos innumerables millones de proletarios explotados, cansados de sufrir y disponiéndose también a reclamar su derecho.

A principios del siglo actual, ese espectro naciente, más tarde bautizado con el nombre de espectro rojo; ese terrible fantasma del derecho de todo el mundo opuesto a los privilegios de una clase de afortunados; esa justicia y esa razón populares que, desarrollándose más, deben hacer polvo los sofismas de la economía, de la jurisprudencia, de la política y de la metafísica burguesas, se vuelven, entre los modernos triunfos de la burguesía, sus incansables perturbadores, los disminuidores de su confianza, de su espíritu.

Y sin embargo, bajo la Restauración, la cuestión social era todavía desconocida, o por mejor decir, estaba casi olvidada. Había sí, algunos soñadores

aislados, tales como Saint-Simón, Roberto Owen, Fourier, cuyo genio o gran corazón habían adivinado la necesidad de una transformación radical de la organización económica de la sociedad.

En derredor de cada uno de ellos agrupábase un reducido número de adeptos fieles y ardientes, que formaban otras tantas pequeñas iglesias; pero tan desconocidos como los maestros, y que no ejercían ninguna influencia exterior.

Había también el testamento comunista de Babeuf, transmitido por su ilustre compañero y amigo, Buonarrotti, a los proletarios más enérgicos, por medio de una organización popular y secreta.

Pero todo esto no era entonces más que un trabajo subterráneo, cuyas manifestaciones no se hicieron sentir hasta más adelante, bajo la monarquía de Julio, y que bajo la Restauración no fué vislumbrado por la clase burguesa. El pueblo, la masa de trabajadores, permanecía tranquila y aun no reivindicaba nada para sí misma.

Claro es que si el espectro de la justicia popular tenía una existencia cualquiera en esta época, no podía ser sino en la mala conciencia de los burgueses.

¿Y de dónde venía esta mala conciencia?

Los burgueses que vivían bajo la Restauración, ¿eran, como individuos, más malos que sus padres, que hicieron las Revoluciones de 1789 y 1793?

De ningún modo. Eran casi los mismos hombres; pero colocados en otro medio, en otras condiciones políticas, enriquecidos con una nueva experiencia, y con otra conciencia, por tanto.

El burgués del siglo pasado había sinceramente creído que emancipándose por sí mismo del yugo monárquico emanciparía a la vez a todo el pueblo.

Y esta sencilla y sincera creencia fué la fuente de su audacia heroica y de todo su poder maravilloso. Sentíanse unidos a todo el mundo y marchaban al asalto, llevando en sí la fuerza, el derecho de todo el mundo.

Gracias a este derecho y a este poder popular que se habían, por así decirlo, encarnado en su clase, los

burgueses del siglo pasado pudieron escalar y tomar la fortaleza del poder político, que sus padres habían apetecido tantos siglos. Pero en el momento de plantar su bandera, una nueva luz hizose en su espíritu.

En cuanto conquistaron el poder, empezaron a comprender que entre sus intereses burgueses y los intereses de las masas populares no había ya nada de común, que, por el contrario, había oposición radical, y que el poder y la prosperidad exclusivas de la clase de los poseedores no podía apoyarse sino en la miseria y en la dependencia política y social del proletariado.

Desde entonces, las relaciones de la burguesía y del pueblo se transformaron de un modo radical, y antes que los trabajadores llegasen a comprender que los burgueses eran sus enemigos naturales, más aun por necesidad que por mala voluntad, los burgueses habían ya adquirido la conciencia de ese antagonismo fatal.

A esto es a lo que yo llamo la mala conciencia de los burgueses.

C. D. H. S. - A. E. H
Barcelona

CARTA TERCERA

He dicho que la mala conciencia de los burgueses paralizó, desde los comienzos de este siglo, todo el movimiento intelectual y moral de la burguesía.

Me corrijo, y reemplazo la palabra *paralizó* por esta otra: *desnaturalizó*.

Porque sería injusto decir que hubo parálisis o ausencia de movimiento en un espíritu que, pasando de la teoría a la aplicación de las ciencias positivas, creó todos los milagros de la industria moderna, los barcos de vapor, los caminos de hierro y el telégrafo por una parte, y que, por otra, sacando a luz una ciencia nueva, la estadística, y empujando la economía política y la crítica histórica del desarrollo de la riqueza y de la civilización de los pueblos hasta sus últimos resultados, dió las bases de una filosofía nueva, el socialismo, que, desde el punto de vista de los intereses de la burguesía, no es otra cosa que un sublime suicidio, la negación misma del mundo burgués.

La parálisis no sobrevino hasta más adelante, cuando, espantada por las resultas de sus primeros trabajos, la burguesía retrocedió, y cuando, para conservar sus bienes, renunciando a todo pensamiento y a toda voluntad, se sometió a protectores militares y se entregó en cuerpo y alma a la más completa reacción.

A partir de esta época no ha inventado nada, ha perdido, con el valor, el poder mismo de la creación. Ni aun tiene ya el poder ni el espíritu de conservación, porque todo lo que ha hecho por su salvación la ha empujado fatalmente al abismo.

En 1848, todavía estaba llena de espíritu. Sin duda

que este espíritu no tenía ya aquella savia vigorosa que del siglo XVI al XVIII la hiciera crear un nuevo mundo. No era ya el espíritu heroico de una clase que había tenido todas las audacias porque se había visto obligada a conquistarlo todo: era el espíritu prudente y reflexivo de un nuevo propietario que, después de adquirir una cosa largo tiempo ansiada, debía entonces hacerla prosperar y valer. Lo que caracteriza sobre todo el espíritu de la burguesía en la primera mitad de este siglo es una tendencia casi exclusivamente utilitaria.

Se le ha dirigido un reproche que no es fundado. Pienso, por el contrario, que ha prestado un último gran servicio a la humanidad predicando, aún más por su ejemplo que por sus teorías, el culto, o, por mejor decir, el respeto de los intereses materiales.

En el fondo, estos intereses han prevalecto siempre en el mundo: pero se habían producido hasta entonces bajo la forma de un idealismo hipócrita o malsano, que les había precisamente transformado en intereses perjudiciales e intenos.

Todo el que se preocupe algo en historia no ha podido dejar de notar que en el fondo de las lecturas religiosas y teológicas más abstractas, más sutiles y más ideales, ha habido siempre algún grave interés material. Todas las guerras de razas, de naciones, de Estados y de clases, no tuvieron nunca otro objeto que el dominio, condición y garantía necesarias del goce y de la posesión.

Considerada desde este punto de vista, la historia humana no es otra cosa que la continuación de ese gran combate por la vida que, según Darwin, constituye la fe fundamental de la naturaleza orgánica.

En el mundo animal, este combate se hace sin ideas y sin frases, carece asimismo de solución; mientras la tierra exista, el mundo animal se entredevorará.

Tal es la condición natural de su vida.

Los hombres, animales carnívoros por excelencia, comenzaron su historia por la antropofagia. Tienden hoy a la asociación universal, o la producción y al goce colectivos.

Pero ¡qué tragedia horrible y sangrienta entre estos dos términos!

Y nosotros aun no hemos acabado con esta tragedia. Después de la antropofagia vino la esclavitud, después de la esclavitud la servidumbre, después de la servidumbre el salariado, al cual debe suceder primero el día terrible de la justicia, y después, mucho después, la era de la fraternidad.

He ahí las fases por las cuales el combate animal por la vida se transforma gradualmente, en la historia, en la organización humana de la existencia.

Y en medio de esta lucha fratricida de los hombres contra los hombres, en este entrededoramiento mutuo, en este esclavizamiento y en esta explotación de unos por otros que, cambiando de nombre y de forma, se han mantenido a través de todos los siglos hasta nuestros días, ¿qué papel ha desempeñado la religión?

Siempre ha santificado la violencia, la ha transformado en derecho. Ha transportado a un cielo ficticio la humanidad, la justicia y la fraternidad, para dejar sobre la tierra el reino de la iniquidad y de la brutalidad. Ha bendecido a los bandidos felices, y para hacerlos aún más dichosos, ha predicado la resignación y la obediencia a sus innumerables víctimas, los pueblos. Y cuando más sublime parecía el ideal que ella adoraba en el cielo, más horrible se hacía la realidad de la historia.

Porque es propio del carácter de todo idealismo, tanto religioso, como metafísico, el despreciar el mundo real, y despreciándole, explotarle; de donde resulta que todo idealismo engendra necesariamente la hipocresía.

El hombre es materia, y no puede despreciar impunemente la materia. Es un animal, y no puede destruir su animalidad; pero puede y debe transformarla y humanizarla por la libertad, es decir, por la acción combinada de la justicia y de la razón, que a su vez no tienen influencia sobre ella sino por ser productos suyos y su más alta expresión.

Por el contrario, siempre que el hombre ha querido hacer abstracción de su animalidad, se ha conver-

tido en el juguete y el esclavo de ella, y aun con más frecuencia el siervo hipócrita; testigos, los sacerdotes de la religión más ideal y más absurda del mundo, el cristianismo.

Compárese su obscenidad bien conocida con su voto de castidad; compárese su avaricia insaciable con su doctrina de renuncia a los bienes de este mundo, y se confesará que no hay seres tan materialistas como los predicadores del idealismo cristiano.

En estos mismos instantes, ¿cuál es la cuestión que más agita toda la Iglesia?

Es la conservación de sus bienes, que amenaza confiscar en todas partes esa otra iglesia, expresión del idealismo político, llamado Estado.

El idealismo político no es ni menos absurdo, ni menos pernicioso, ni menos hipócrita que el idealismo de la religión, del cual no es por otra parte sino una forma distinta, la expresión o la aplicación mundana y terrestre. El Estado es el hermano menor de la Iglesia; y el patriotismo, esa virtud y ese culto del Estado, no es más que un reflejo del culto divino.

El hombre virtuoso, según los preceptos de la escuela ideal, religiosa y política a la vez, debe servir a Dios y sacrificarse por el Estado, y el utilitarismo burgués de esta doctrina es el que, desde principios de este siglo, ha comenzado a hacer justicia.

C. D. R. S. - A. E. P.
Barcelona

CARTA CUARTA

He dicho que uno de los mayores servicios prestados por el utilitarismo burgués es el haber dado muerte a la religión del Estado, al patriotismo.

El patriotismo, ya lo sabemos, es una virtud antigua nacida en mitad de las repúblicas griegas y romanas, en donde nunca hubo más religión real que la del Estado, ni otro objeto de culto que el Estado.

¿Qué es el Estado?

Es, nos responden los metafísicos y los doctores en derecho, es la cosa pública; los intereses, el bien colectivo y el derecho de todo el mundo, opuestos a la acción disolvente de los intereses y las pasiones egoístas de cada cual. Es la justicia y la realización de la moral y de la virtud en la tierra.

Por consiguiente, no hay acto más sublime ni deber más principal para el individuo que sacrificarse, y si necesario es, morir por el triunfo, por el poder del Estado.

He ahí en pocas palabras toda la teología del Estado.

Veamos ahora si esa teología política, de igual modo que la teología religiosa, no oculta bajo muy bellas y muy poéticas apariencias, realidades muy comunes y muy sucias.

Analícemos en primer lugar la idea del Estado, tal como nos la representan sus preconizadores.

Es el sacrificio de la libertad natural y de los intereses de cada uno, individuos así como unidades colectivas, comparativamente pequeñas: asociaciones, comunidades y provincias, a los intereses y la libertad de todo el mundo, a la prosperidad del gran conjunto.

Pero ese todo el mundo, ese gran conjunto, ¿qué es, en realidad?

Es la aglomeración de todos los individuos y de todas las colectividades humanas que la componen.

Pero desde el momento en que para componerle y para coordinarse con él todos los intereses individuales y locales deben ser sacrificados, el todo, que está obligado a representarlos, ¿qué es, en efecto? No es el conjunto vivo, dejando respirar a cada cual con toda honrra y haciéndose tanto más fecundo, más poderoso y más libre cuanto más cumplidamente se desarrollan en su seno la plena libertad y la prosperidad de cada uno; no es la sociedad humana natural, que confirma y aumenta la vida de cada cual por la vida de todos; es, por el contrario, la inmola-ción de cada individuo como la de todas las asociaciones locales, la abstracción destructiva de la sociedad viva, la limitación, o, por mejor decir, la completa negación de la vida y del derecho de todas las partes que componen todo el mundo; es el Estado, es el altar de la religión política en el cual la sociedad natural es siempre inmolada; una universalidad devoradora, viviendo de sacrificios humanos, como la Iglesia. El Estado, repítolo una vez más, es el hermano menor de la Iglesia.

Para probar esta identidad de la Iglesia y el Estado, ruego al lector quiera tener en cuenta el hecho de que una y otro se basan esencialmente en la idea del sacrificio de la vida y del derecho natural, y que parten igualmente del mismo principio; el de la malevolencia natural de los hombres, que no puede ser vencida, según la Iglesia, sino por la gracia divina y por la muerte del hombre natural en Dios, y según el Estado sólo por la ley, y por la inmola-ción del individuo en aras del Estado.

Una y otro tienden a transformar al hombre, una en un santo, el otro en un ciudadano. Pero el hombre natural debe morir, porque su sentencia fué unánimemente pronunciada por la religión de la Iglesia y por la del Estado.

Tal es en su pureza ideal la teoría idéntica de la Iglesia y el Estado.

Es una pura abstracción histórica supuesta de los hechos históricos.

Estos hechos, como he dicho ya en mi carta anterior, son de naturaleza completamente real, completamente brutal; es la violencia, la expoliación, el esclavizamiento, la conquista. El hombre está de tal modo constituido, que no se contenta con hacer; necesita explicarse y legitimar, ante su propia conciencia y a los ojos de todo el mundo, lo que ha hecho.

La religión ha venido, pues a punto para bendecir los hechos cumplidos y, gracias a esta bendición, el hecho inícuo y brutal se ha transformado en derecho. La ciencia jurídica y el derecho político, ya se sabe, son hijos de la teología, en primer término; y después la metafísica, que no es otra cosa que una teología enmascarada, una teología que tiene la pretensión ridícula de no ser absurda, se ha esforzado en vano a fin de darles el carácter de ciencias.

Veamos ahora qué clase de papel ha desempeñado y continúa desempeñando en la vida real, en la sociedad humana, esa abstracción del Estado, paralela a la abstracción histórica llamada Iglesia.

He dicho que el Estado, por su principio mismo, es un inmenso cementerio al que van a sacrificarse, a morir, a enterrarse, todas las manifestaciones de la vida individual y local, todos los intereses de las partes cuyo conjunto constituye precisamente la sociedad.

Es el altar en que la libertad y el bienestar de los pueblos son inmolados en aras de la grandeza política; y cuanto más completa es esta inmolación, más perfecto es el Estado.

Digo, en resumen, y ésta es mi convicción, que el imperio de Rusia es el Estado por excelencia, el Estado sin retórica y sin frases, el Estado más perfecto de Europa. Por el contrario, todos los Estados en que los pueblos pueden aún respirar, son, desde el punto de vista ideal, Estados incompletos, como todas las Iglesias, comparadas con la Iglesia católica romana, son Iglesias incompletas.

He dicho que el Estado es una abstracción devoradora de la vida popular. Mas, para que una abs-

tracción pueda nacer, desarrollarse y seguir existiendo en el mundo real, es menester que haya un cuerpo colectivo, real, interesado en su existencia.

No puede serlo la masa popular, puesto que ésta es precisamente la víctima; debe serlo el cuerpo privilegiado, el cuerpo sacerdotal del Estado, la clase gobernante y poseedora, que es en el Estado lo que la clase sacerdotal en la religión, los sacerdotes en la Iglesia.

Y efectivamente, ¿qué vemos en toda la historia?

El Estado ha sido siempre patrimonio de una clase privilegiada cualquiera: clase sacerdotal, clase nobiliaria, clase burguesa; clase burocrática al fin, puesto que estando agotadas todas las demás clases, el Estado cae o se eleva; pero es menester absolutamente para la salvación del Estado que haya una clase privilegiada cualquiera a quien interese su existencia.

Y el interés solidario de esta clase privilegiada es precisamente lo que se llama *patriotismo*.

CARTA QUINTA

El patriotismo, en el sentido complejo que se atribuye ordinariamente a esta palabra, ¿ha sido nunca una pasión o una virtud popular?

Con la historia a la vista, no vacilo en responder a esta pregunta por un no decisivo.

Y para probar al lector que no hago mal en responder así, pídole permiso para analizar los principales elementos que, combinados de modos más o menos distintos, constituyen esa cosa que se llama patriotismo.

Cuatro son los dichos elementos.

- 1.º El elemento natural o fisiológico.
- 2.º El elemento económico.
- 3.º El elemento político.
- 4.º El elemento religioso o fanático.

El elemento fisiológico es el fondo principal de todo patriotismo sencillo, instintivo y brutal. Es una pasión natural y que, precisamente porque es demasiado natural, esto es, completamente animal, se halla en contradicción flagrante con toda política, y lo que es peor, embaraza mucho el desarrollo económico, científico y humano de la sociedad.

El patriotismo natural es un hecho puramente bestial que se encuentra en todos los grados de la vida animal, y aun se podría decir, hasta cierto punto, en la vida vegetal.

El patriotismo tomado en este sentido es una guerra de destrucción, es la primera expresión humana de ese grande y fatal combate por la vida que constituye todo el desarrollo, toda la vida del mundo natural o real, combate incesante, entredivorante universal que alimenta cada individuo, cada especie,

con la carne y con la sangre de los individuos de las especies extranjeras, y que renovándose fatalmente a cada momento, a cada instante, hace vivir, prosperar y desarrollarse las especies más completas, más inteligente, más fuertes, a expensas de las otras.

Los que se ocupan en agricultura o jardinería saben lo que les cuesta preservar sus plantas contra la invasión de especies parásitas que vienen a disputarles la luz y los elementos químicos de la tierra, indispensables a su alimentación. La planta más poderosa, la que mejor se adapta a las condiciones particulares del clima y del suelo, desarrollándose siempre con un gran vigor relativo, tiende, naturalmente, a ahogar a las demás. Es la que tiene lugar una lucha silenciosa, pero sin tregua, y se hace necesaria toda la enérgica intervención del hombre para proteger contra aquella invasión fatal las plantas que prefiere.

Esta lucha se reproduce, sólo que con más movimiento dramático y más ruido en el mundo animal. No es ya un estrangulamiento silencioso e insensible. La sangre corre, y el animal desgarrado, devorado, torturado, llena el aire de sus gemidos. Y por último, el hombre, el animal parlante, introduce la fase primera de esta lucha. Y esta fase titúlase el patriotismo.

El combate por la vida en el mundo vegetal y animal, no es solamente una lucha individual; es una lucha de especies, de grupos y de familias, unos contra otros. Hay en cada ser vivo dos instintos, dos grandes intereses principales; el de la alimentación y el de la reproducción.

Desde el punto de vista de la alimentación, cada individuo es el enemigo natural de todos los otros, sin consideración ninguna de lazos de familia, de grupos, de especies. El proverbio: «Los lobos no se comen unos a otros», no es exacto sino mientras los lobos encuentran para alimentarse animales pertenecientes a otras especies; pero todos sabemos de sobra que en cuanto les faltan estos últimos, se devoran tranquilamente entre sí.

Los gatos, los puercos y otros muchos irraciona-

les, se comen muchas veces sus propias crías, y no hay animal que no haga esto impulsado por el hambre.

¿No comenzaron las sociedades humanas por la antropofagia? ¿Y quién no oyó las historias lamentables de marinos naufragados y perdidos en el Océano, sobre cualquier frágil embarcación, privados de alimento, y decidiendo por la suerte cuál de ellos habla de ser sacrificado y comido por los otros? Por último, durante aquel hambre terrible que diezmó la Argelia, ¿no vimos a las madres devorar a sus hijos?

Es que el hambre es un rudo e invencible déspota, y la necesidad de alimentarse, necesidad completamente individual, es la primera ley, la condición suprema de la vida humana y social, como también la de la vida animal y vegetal. Rebelarse contra ella, es aniquilar todo lo demás, es condenarse a la nada.

Pero junto a esta ley fundamental de la naturaleza viva, hay otra, en la misma medida esencial, la reproducción.

Tiende la primera a la conservación de los individuos, la segunda a la constitución de familias, de grupos, de especies. Los individuos, impulsados para reproducirse por una necesidad natural, tratan de unirse a los individuos que por su organización están más cerca de ellos, que se les parecen. Hay diferencias de organización que hacen la unión estéril y aun por completo imposible. Esta imposibilidad es evidente entre el mundo vegetal y el mundo animal; y aun en este último, la unión de los cuadrúpedos, por ejemplo, con las aves, los peces, los reptiles o los insectos, es igualmente imposible. Si nos limitamos sólo a los cuadrúpedos, encontramos la misma imposibilidad entre los distintos grupos, y llegamos a la conclusión de que la capacidad del enlace y el poder de la reproducción no son reales para cada individuo, sino en una esfera muy limitada de individuos que, hallándose dotados de una organización igual o semejante a la suya, constituyen con él el mismo grupo o la misma familia.

Estableciendo el instinto de reproducción, el único

lazo de solidaridad que puede existir entre los individuos del mundo animal, allí donde la capacidad de enlace acaba, toda solidaridad animal cesa también. Todo lo que resta fuera de esa posibilidad de reproducción para los individuos, constituye una especie distinta, un mundo absolutamente extraño, hostil y condenado a la destrucción; todo lo que hay dentro, constituye la gran patria de la especie, como, por ejemplo, la humanidad para los hombres.

Pero esta destrucción o este entredivoramiento mutuo de los individuos vivos, no sólo se encuentran en los límites de ese mundo reducido que llamamos la gran patria; los encontramos también feroces, y a veces más feroces, en mitad mismo de ese mundo, a causa precisamente de la resistencia y de la competencia que encontraban, y porque las luchas tan crueles del amor se unen allí a las del hambre.

Por otra parte, cada especie de animales se subdivide en grupos y familias diferentes, bajo la influencia de las condiciones geográficas y climatológicas de los distintos países que habita.

La diferencia más o menos grande de las condiciones de vida, determina una diferencia, correspondiente en la organización misma de los individuos que pertenecen a la misma especie.

Sabido es, además, que todo individuo animal busca naturalmente el modo de unirse al individuo que más se le asemeja, de donde resulta naturalmente el desarrollo de una gran cantidad de variaciones en la misma especie; y como las diferencias que separan unas de otras todas estas variaciones se fundan principalmente en la reproducción y ésta es la única base de toda solidaridad animal, es evidente que la gran solidaridad de la especie debe subdividirse en una multitud de pequeñas patrias animales, hostiles y destructoras unas de otras.

CARTA SEXTA.

En mi anterior carta he hecho ver cómo el patriotismo, mientras es cualidad o pasión natural, procede de una ley fisiológica, precisamente de la que determina la separación de los seres vivos en especies, en familias y en grupos.

La pasión patriótica es evidentemente una pasión solidaria. Para encontrarla más explícita y más claramente determinada en el mundo animal, es menester, pues, buscarla sobre todo entre las especies de animales que, como el hombre, están dotadas de una naturaleza eminentemente sociable; entre las hormigas, por ejemplo, las abejas, los castores y muchos otros que tienen costumbres comunes estables; así como entre las especies que vagan en rebaños; los animales de domicilio colectivo y fijo representan, desde el punto de vista natural, el patriotismo de los pueblos agrícolas y los animales vagabundos en rebaños el de los pueblos nómadas.

Es evidente que el primero es más completo que el último, que por su parte no implica más que la solidaridad de los individuos en el rebaño, mientras que el primero agrega aún la de los individuos con el domicilio o el suelo que habitan. La costumbre constituye una segunda naturaleza, ciertos modos de vivir, están mucho mejor determinados, mejor establecidos, entre los animales colectivos sedentarios, que entre los rebaños vagabundos, y las costumbres diferentes, esas maneras particulares de existir, constituyen un elemento esencial del patriotismo.

Podría definirse el patriotismo natural del siguiente modo:

Es un afecto instintivo, maquinal y completamente desprovisto de crítica, por costumbres de existen-

cia colectivamente adquiridas y hereditarias e tradicionales, y una hostilidad completamente instintiva y maquinal contra toda otra manera de vivir. Es el amor de los suyos y de lo suyo y el odio de todo lo que tiene un carácter extraño.

El patriotismo es, pues, un egoísmo colectivo por una parte y la guerra por otro lado.

No es una solidaridad bastante poderosa para que los individuos miembros de una colectividad animal no se devoren mutuamente si es preciso; sin embargo, es bastante fuerte para que todos esos individuos, olvidando sus discordias civiles, se unan en una causa intrusa que a ellos llegara de una colectividad extranjera.

Pijaos, por ejemplo, en los perros de una aldea. Los perros no forman naturalmente república colectiva; abandonados a sus propios instintos viven en rebaños errantes, como los lobos, y no es sino bajo la influencia del hombre como se vuelven animales sedentarios. Pero, una vez establecidos constituyen en cada pueblo una especie de república no comunitaria, sino fundada en la libertad individual, según la fórmula tan querida de los economistas burgueses: cada uno para sí, y el que venga atrás, que arree.

Es una competencia, una guerra civil sin tregua y sin piedad, en la que el más fuerte muere siempre al más débil, lo mismo completamente que en las repúblicas burguesas. Ahora, que un perro de una aldea vecina se atreva sólo a pasar por su calle, y veréis a todos esos ciudadanos en discordia reunirse en masa contra el extranjero.

Y pregunto yo:

¿No es ésta la copia fiel, o mejor dicho, el original de las copias que a diario se repiten en la sociedad humana? ¿No es ésta una manifestación perfecta de ese patriotismo natural del cual he dicho, y me atrevo aún a repetir, que no es otra cosa que una pasión bestial?

Bestial, lo es sin duda, puesto que los perros, incontestablemente, son bestias, y el hombre, animal como el perro y como todos los demás animales de

la tierra, pero animal dotado de la facultad fisiológica de pensar y de hablar, comienza su historia por la bestialidad para llegar a través de todos los siglos a la conquista y la constitución más perfecta de su humanidad.

Una vez conocido este origen del hombre, no debe causar admiración su bestialidad, que es un hecho natural entre tantos otros hechos naturales, ni aun se debe uno indignar contra ella, porque no resulta de eso que no sea necesario combatirla con la mayor energía, puesto que toda la vida humana del hombre no es otra cosa que un combate incesante contra su bestialidad natural en provecho de su humanidad.

Tan sólo me he propuesto hacer constar que el patriotismo que los poetas, los políticos de todas las escuelas, los gobiernos y todas las clases privilegiadas nos alaban como una virtud ideal y sublime, arraiga no en la humanidad del hombre, sino en su bestialidad.

Efectivamente, en el origen de la historia, y en la actualidad, en las partes menos civilizadas de la sociedad humana, es donde vemos el patriotismo natural reinando en absoluto. Constituye en las colectividades humanas un sentimiento sin duda mucho más complicado que en las otras colectividades animales, por la sola razón de que la vida del hombre, animal pensante y parlante, abarca incomparablemente más objetos que la de los animales de las otras especies; a las costumbres y a las tradiciones puramente físicas vienen todavía a unirse en él las tradiciones más o menos abstractas, intelectuales y morales.

Todo lo cual son elementos del patriotismo del hombre, ya que todas estas cosas, combinándose de un modo o de otro, forman, para una colectividad cualquiera, un sistema especial de vida, una manera tradicional de vivir, de pensar y de obrar de modo distinto que los otros.

Pero cualquiera que sea la diferencia existente entre el patriotismo natural de las colectividades humanas y el de las colectividades animales, desde el punto de vista de la cantidad y aun de la calidad

de los objetos que abarcan, tienen de común el ser igualmente pasiones instintivas, tradicionales, habituales, colectivas, y el que la intensidad del uno como la del otro no dependen en modo alguno de la naturaleza de su contenido.

Se podría decir, por el contrario, que cuanto menos complicado es este contenido, más sencillo, más intenso y más enérgicamente exclusivo es el sentimiento patriótico que le manifiesta y le expresa.

El animal es evidentemente mucho más adicto que el hombre a las costumbres tradicionales de la colectividad de que forma parte; en él, esta pasión patriótica es fatal, e incapaz de deshacerse de ella por sí mismo, no se desprende de ella en ocasiones sino bajo la influencia del hombre.

De igual modo, en las humanas colectividades, cuanto menor es la civilización, menos complicado y más sencillo es el fondo mismo de la vida social, y más intensos se muestran el patriotismo natural. Es decir, el afecto instintivo de los individuos por todas las costumbres materiales, intelectuales y morales que constituyen la vida tradicional y rutinaria de una colectividad particular, así como un odio por todo lo que es distinto de ella, por todo lo que la es extraño.

De donde resulta que el patriotismo natural está en razón inversa de la civilización, es decir, del triunfo mismo de la humanidad en las humanas sociedades.

Nadie negará que el patriotismo instintivo o natural de las miserables poblaciones de las zonas heladas, que la civilización humana apenas ha rozado, y donde la vida material misma es tan pobre, es infinitamente más fuerte o más exclusivo que el patriotismo de un francés, de un inglés o de un alemán, por ejemplo. El alemán, el inglés, el francés, pueden vivir y aclimatarse en todas partes, mientras que el habitante de las regiones polares morirá pronto de nostalgia, si se le tenía alejado de su país.

Y sin embargo, ¡qué más miserable y menos humano que su existencia!

Lo que demuestra una vez más que la intensidad

del patriotismo natural no es una prueba de humanidad, sino de bestialidad.

Junto a este elemento positivo del patriotismo, que consiste en el afecto instintivo de los individuos por el sistema particular de la vida de la colectividad de que son los miembros, hay además el elemento negativo, tan esencial como el primero e inseparable de él; es el horror igualmente instintivo por todo lo que le es extraño, instintivo y por tanto bestial; sí, realmente bestial, porque este horror es tanto más enérgico y más invencible, cuanto menos pensó y comprendió, cuanto menos hombre se muestra el que lo siente.

En la actualidad, no se encuentra este horror patriótico por el extranjero más que en los pueblos salvajes; también es observado en Europa, en medio de las poblaciones semisalvajes, que la civilización burguesa no se ha dignado iluminar, pero cuya explotación no olvida.

Hay en las mayores capitales de Europa, en París mismo, y en Londres sobre todo, calles abandonadas a una población miserable, que nunca alumbrara ninguna luz. Basta que un extraño aparezca en ellas, para que una multitud de misereros seres humanos, hombres, mujeres, niños, a medio vestir y llevando en su rostro y en toda su persona las señales de la miseria más horrible y de la más profunda abyección, le rodeen, le insulten y en ocasiones hasta le maltraten, sólo porque es allí un extranjero.

Tan salvaje y brutal patriotismo, ¿no es la negación más rotunda de todo lo que se llama humanidad?

Y sin embargo, hay periódicos burgueses muy ilustrados, como el *Diario de Génova*, por ejemplo, que no sienten la menor vergüenza explotando ese prejuicio tan poco humano y esa pasión completamente bestial.

A pesar de todo, quiero hacerles justicia y reconozco de buen grado que los explotan sin compartirlos en modo alguno y sólo porque tienen interés en explotarlos, de igual modo que actualmente lo hacen todos los sacerdotes de todas las religiones,

que predicán las nonadas religiosas sin creer en ellas, y sólo porque es evidente que las clases privilegiadas tienen interés en que las masas populares sigan creyendo en ellas.

Cuando el *Diario de Génova* ha agotado los argumentos y las pruebas, dice: es una cosa, una idea, un hombre *extranjero*; y tan pequeña idea tiene de sus compatriotas, que le bastará proferir la terrible palabra *extranjero* para que, olvidándolo todo, sentido común, humanidad y justicia, se pongan todos de su parte.

Yo no soy genovés; pero respeto demasiado a los habitantes de Génova para no creer que el *Diario* se engaña respecto a ellos. Indudable es que no querrán sacrificar la humanidad a la bestialidad explotada por la astucia.

C. D. R. S. - A. E. P.
Barcelona

CARTA SEPTIMA

He dicho que el patriotismo, mientras es instintivo o natural, arraigando en la vida animal, no ofrece nada más que una combinación particular de costumbres colectivas: materiales, intelectuales y morales, económicas, políticas y sociales, desarrolladas por la tradición o por la historia, en una sociedad humana reducida.

Estas costumbres, he agregado también, pueden ser buenas o malas, ya que el contenido o el objeto de ese sentimiento instintivo no tiene ninguna influencia sobre el grado de su intensidad; y hasta, si se hubiera de admitir bajo este último aspecto una diferencia cualquiera, se inclinaria antes en favor de las malas costumbres que de las buenas.

Porque, a causa precisamente del origen animal de toda sociedad humana, y efecto de esta fuerza de inercia, que ejerce una acción tan poderosa en el fondo intelectual y moral como en el mundo material, en cada sociedad que aun no degenera, sino que progresa y marcha hacia adelante, las malas costumbres, teniendo siempre de su parte la prioridad del tiempo, están más profundamente arraigadas que las buenas.

Esto nos explica por qué, de la suma total de las costumbres colectivas actuales, en los países más adelantados del mundo civilizado, las nueve décimas partes por lo menos nada valen.

No vaya a creerse que quiero declarar la guerra a la costumbre que tienen, generalmente, la sociedad y los hombres de dejarse gobernar por el hábito. En esto, como en muchas otras cosas, no hacen sino obedecer fatalmente a una ley natural, y sería absurdo rebelarse contra las leyes naturales.

La acción de la costumbre es el resultado de la

y moral de los individuos, lo mismo que en la de las sociedades, es la de las fuerzas vegetativas en la vida animal. Una y otra son condiciones de existencia y de realidad. El bien, lo mismo que el mal, para ser cosas reales, deben ser costumbres, ya sea en el hombre tomado individualmente, o ya en la sociedad.

Todos los ejercicios, todos los estudios a los cuales los hombres se entregan, no tienen otro objeto, y las mejores cosas no arraigan en el hombre, hasta el punto de convertirse en su segunda naturaleza, sino por el poder de la costumbre.

No se trata, pues, de rebelarse locamente contra ella, puesto que es una potencia fatal que ninguna inteligencia ni voluntad humanas podrían derrotar. Pero si, guiados por la razón del siglo y por la idea que nos formamos de la verdadera justicia, queremos seriamente llegar a ser hombres, sólo una cosa tenemos que hacer: emplear constantemente la fuerza de voluntad, esto es, la costumbre de querer, que circunstancias independientes de nosotros mismos, ha desarrollado en nosotros mismos, en la extirpación de nuestros malos hábitos y en su remplazo por otros buenos.

Para humanizar toda una sociedad, es menester destruir sin piedad las causas, las condiciones económicas, políticas y sociales, que producen en los individuos la tradición del mal, y sustituirlas por condiciones que den como consecuencia necesaria el nacimiento en esos mismos individuos, de la práctica y la costumbre del bien.

Desde el punto de vista de la conciencia moderna, de la humanidad y de la justicia, tales como, gracias a los desarrollos pasados de la historia, hemos llegado al fin a comprenderla, el patriotismo es una mala, estrecha y funesta costumbre, puesto que es la negación de la igualdad y la solidaridad humanas.

La cuestión social, establecida hoy prácticamente por el mundo obrero de Europa y América, y cuya solución no es posible sino por la abolición de las fronteras de los Estados, tiende necesariamente a destruir esa costumbre adicional en la conciencia de los trabajadores de todos los países.

Demstraré más adelante cómo, desde los comienzos de este siglo, se ha debilitado sensiblemente en la conciencia de la alta burguesía financiera, comerciante e industrial, por el desarrollo prodigioso y completamente internacional de su riqueza y de sus intereses económicos.

Pero es menester que haga ver primero cómo, mucho antes de esta revolución burguesa, el patriotismo natural, instintivo y que por su misma naturaleza no puede ser otra cosa que un sentimiento muy estrecho, muy limitado y una costumbre colectiva absolutamente local, fué, desde los comienzos de la historia, profundamente modificado, desnaturalizado y disminuído por la formación sucesiva de los Estados políticos.

En efecto, el patriotismo, como sentimiento natural, es decir, producido por la vida realmente solidaria de una colectividad y aun nada o poco debilitada por la reflexión o por el efecto de los intereses económicos y políticos, y lo mismo por el de las abstracciones religiosas, ese patriotismo, sino del todo, al menos en gran parte animal, no puede abrazar sino un mundo muy reducido: una tribu, una comunidad, una aldea.

En los comienzos de la historia, como hoy en los pueblos salvajes, no había nación, ni lengua nacional; por consiguiente, no había patria, en el sentido político de esta palabra.

Cada pequeña localidad, cada pueblo, tenía su lengua particular, su Dios, su sacerdote o su hechicero, y no era nada más que una familia multiplicada, ensanchada, que se afirmaba viviendo y que, en guerra con las demás tribus, negaba por su existencia todo el resto de la humanidad.

Tal es el patriotismo natural en su enérgica y sencilla crudeza.

Todavía encontramos restos de este patriotismo hasta en algunos de los países más civilizados de Europa, en Italia, por ejemplo, sobre todo en las provincias meridionales de la península italiana, en donde la configuración del suelo, las montañas y el mar, creando barreras entre los valles, las comp-

nidades y las ciudades, las separan, las aíslan y las hacen casi extrañas una a otra. Proudhón, en su folleto sobre la unidad italiana, ha observado con mucha razón que esta unidad no era todavía más que una idea, una pasión completamente burguesa y de ningún modo popular; que las poblaciones de los campos, al menos, han permanecido hasta la fecha en gran parte extrañas, y añadiré que hasta hostiles, porque esa unidad que se pone en contradicción por una parte con su patriotismo local, por otra no les ha procurado hasta hoy más que una explotación despiadada, la opresión y la ruina.

Aun en Suiza, principalmente en los cantones primitivos, ¿no vemos con frecuencia al patriotismo local luchar contra el patriotismo cantonal y a este último contra el patriotismo político, nacional, de la confederación republicana entera?

Resumiendo, digo que el patriotismo como sentimiento natural, siendo en su esencia y en su realidad un sentimiento esencialmente local, es un obstáculo serio a la formación de los Estados, y que, por consiguiente, estos últimos, y la civilización con ellos, no han podido establecerse más que destruyendo, si no por completo al menos en un grado considerable, esta pasión animal.

CARTA OCTAVA

Después de considerar el patriotismo desde el punto de vista natural, y después de haber demostrado que desde este punto de vista es, por una parte, un sentimiento propiamente bestial o animal, puesto que es común a todas las especies de animales, y por otra, esencialmente local, puesto que no puede nunca abarcar más que el espacio o el mundo sumamente reducido en que el hombre privado de civilización pasa su vida, entro ahora en el análisis del patriotismo económico, político y religioso.

Es un hecho probado por los naturalistas, y hoy pasado al estado de axioma, que el número de cada población animal corresponde siempre a la cantidad de los medios de subsistencia que se encuentran en el país que habita.

La población aumenta siempre que esos medios figuran en gran cantidad; disminuye con la disminución de esa cantidad.

Cuando una población animal ha devorado todas las subsistencias de un país, emigra. Pero, rompiendo esta emigración todas sus antiguas costumbres, todas sus maneras cotidianas y rutinarias de vivir y haciéndole buscar, sin ningún conocimiento, sin pensamiento alguno, instintivamente y por completo a la aventura, los medios de subsistir en países en absoluto desconocidos, va siempre acompañada de privaciones y de inmensos sufrimientos. La mayor parte de la población animal emigrante se muere de hambre, sirviendo con frecuencia de alimento a los supervivientes; y la parte menor sólo consigue aclimatarse y encontrar nuevos medios de vida en un nuevo país.

Luego viene la guerra, la guerra entre las especies que se nutren con los mismos alimentos, la guerra entre las que para vivir necesitan devorarse una a otra.

Considerado desde este punto de vista, el mundo natural no es más que una hecatombe sangrienta, una horrible y lúgubre tragedia escrita por el hambre.

Los que admiten la existencia de un Dios creador no se dan cuenta del bello cumplimiento con que le obsequian representándole como el creador *de este mundo*.

¡Cómo! ¡Un Dios todo poder, todo inteligencia, todo bondad, no pudo llegar sino a crear un mundo semejante, un horror tal!

Verdad es que los teólogos tienen un excelente argumento para explicar esta contradicción. El mundo fué creado perfecto, dicen, reinó en él al principio una armonía absoluta, hasta que, habiendo el hombre pecado, Dios, furioso contra él, maldijo al hombre y el mundo.

Esta explicación es tanto más edificante cuanto que está llena de absurdos, y sabido es que en el absurdo consiste toda la fuerza de los teólogos. Para ellos, cuanto más absurda e imposible es una cosa, más verdadera la creen. Toda religión no es sino la deificación del absurdo.

Así, pues, Dios perfecto creó un mundo perfecto; y he aquí que esta perfección vacila, y puede atraer sobre sí la maldición de ese creador, y, después de ser una perfección absoluta, se torna una absoluta imperfección.

¿Cómo la perfección ha podido convertirse en la imperfección?

A esto se responderá que es precisamente porque el mundo, aunque perfecto de la creación en el instante, no dejaba de ser por eso una absoluta perfección, siendo Dios el único absoluto, el Más que Perfecto. El mundo no es perfecto sino de un modo relativo y en comparación de lo que ahora es.

Pero, entonces, ¿por qué emplear la palabra perfección, que no acarrea nada relativo? ¿La perfección no es necesariamente absoluta?

Decid que Dios había creado un mundo imperfecto, aunque mejor que el que vemos hoy. Pero, si no era más que mejor, si al salir de las manos del creador era ya imperfecto, no presentaba esa armonía y esa paz absoluta con que los señores teólogos nos ensordecen.

Y entonces les preguntaremos :

Todo creador, según vuestra propia palabra, ¿no debe ser juzgado por su creación como el obreiro por su obra?

El creador de una cosa imperfecta es necesariamente un creador imperfecto ; siendo el mundo imperfecto, Dios, su creador, es necesariamente imperfecto. Porque el hecho de que creara un mundo imperfecto no puede explicarse sino por su ininteligencia, o por su impotencia, o por su maldad.

Pero, se dirá, el mundo era perfecto, sólo que era menos perfecto que Dios.

Responderé a esto que, cuando se trata de perfección, no puede hablarse de más y menos ; la perfección es completa, entera, absoluta, o bien no existe.

Luego, si el mundo era menos perfecto que Dios, el mundo era imperfecto ; de donde resulta que Dios, creador de un mundo imperfecto, era imperfecto a su vez, que es siempre imperfecto, que nunca fué Dios, que Dios no existe.

Para salvar la existencia de Dios, los señores teólogos se verán, por tanto, obligados a concederme que el mundo creado por él era perfecto en su origen.

Pero entonces les haré dos pequeñas preguntas :

En primer lugar, si el mundo fué perfecto, ¿cómo dos perfecciones podían existir una fuera de otra?

La perfección no puede ser más que única ; no permite la dualidad, porque en la dualidad, el uno limitando al otro, la hace necesariamente imperfecta. Luego, si el mundo fué perfecto, no hubo Dios ni por encima ni por debajo de él, el mundo mismo era Dios.

Y va la otra pregunta :

Si el mundo era perfecto, ¿cómo pudo caer?

[Linda perfección es la que puede alterarse y per-

dero! ¡Y si se admite que la perfección puede caer, Dios puede caer también!

Lo que quiere decir que Dios ha existido, sí, en la imaginación crédula de los hombres, pero la razón humana, que cada vez triunfa más en la historia, le destruye.

Por otra parte, ¡cuán singular se muestra ese Dios de los cristianos! Crea al hombre de modo que pueda, que *deba* pecar y caer. Teniendo entre sus atributos toda la ciencia, Dios no podía ignorar, al crear al hombre, que caería; y puesto que Dios sabía esto, el hombre debía caer; de otra manera habría dado un mentís insolente a la absoluta ciencia divina.

¿Quién nos habla, pues, de libertad humana? ¡Allí habla fatalidad! Obedeciendo a esta fatal pendiente, lo que, por otra parte, el más sencillo padre de familia habría podido prever en lugar de Dios, el hombre cae; y he aquí que la divina perfección se encoleriza terriblemente, con una cólera tan ridícula como odiosa; Dios no maldice sólo a los transgresores de su ley, sino a toda la descendencia humana, aun a la que entonces no existía y que, por tanto, era en absoluto inocente del pecado de sus primeros padres; y no contento con tan irritante injusticia, maldice también aquel mundo armonioso que ninguna culpa tenía, y le transforma en un receptáculo de horrores y de crímenes, en una perpetua carnicería. Luego, esclavo de su propia cólera y de la maldición pronunciada por él mismo contra los hombres y el mundo, contra su propia creación, y acordándose algo tarde de que era un Dios de amor, ¿qué hace? No le basta haber ensangrentado el mundo con su cólera; ese Dios sanguinario vierte también la sangre de su hijo único; ¡le inmola bajo pretexto de reconciliar al mundo con su divina Majestad!

¡Y si al menos lo hubiera conseguido!

Pero no, el mundo natural y humano queda tan desgarrado y ensangrentado como antes de esa monstruosa redención.

De donde resulta claramente que el Dios de los cristianos, como todos los dioses que le precedieron,

es un Dios tan impotente como cruel, tan absurdo como malo.

¡Y tales absurdos son los que se quieren imponer a nuestra voluntad, a nuestra razón! ¡Con semejantes monstruosidades se pretende moralizar, humanizar a los hombres!

Que los señores teólogos tengan, pues, el valor de renunciar francamente a la humanidad, lo mismo que a la razón. No les basta decir, con Tertuliano:

Credo quia absurdum (1).

Aun tratan, por si lo pueden conseguir, de imponernos su cristianismo por medio del látigo, como el czar de todas las Rusias, por la hoguera, como Calvino, por la Santa Inquisición, como los buenos católicos, por la violencia, la tortura y la muerte, como querrian hacerlo todavía los sacerdotes de todas las religiones posibles... Ensayen to los esos lindos medios, mas no esperen triunfar de otra manera.

Por lo que a nosotros hace, dejemos de una vez para siempre todos esos absurdos y horrores divinos para los que creen locamente poder explotar mucho tiempo aun a la plebe, a las masas obreras en su nombre, y volviendo a nuestro razonamiento sencillamente humano, recordemos tan sólo que la luz humana, la única que puede alumbrarnos, emanciparnos, hacernos dignos y felices, no está en sus comienzos, sino relativamente en la época en que se vive, al final de la historia, y que el hombre, en su desarrollo histórico, ha salido de la animalidad para acercarse más cada vez a la humanidad.

Nunca miremos, pues, hacia atrás, siempre adelante, porque delante está nuestro sol y nuestra salvación; y si se nos permite, si útil es mirar algunas veces atrás, no es sino para que nos demos cuenta de lo que fuimos y de lo que debemos ya ser, de lo que hicimos y ya no debemos hacer.

El mundo natural es el teatro constante de una lucha interminable, de la lucha por la vida.

(1) Credo en lo que es absurdo.

No tenemos que preguntarnos por qué es esto así. Nosotros no lo hemos hecho, nos lo hemos encontrado al nacer en la vida. No es éste nuestro punto de partida natural, y no somos en modo alguno responsables de él. La armonía establécese en él por el combate, por el triunfo de unos, por la derrota y más a menudo por la muerte de otros. El vencimiento y el desarrollo de las especies son en él limitados por su propia hambre y por el apetito de las otras especies, es decir, por el sufrimiento, por la muerte. Nosotros no decimos, con los cristianos, que esta tierra sea un valle de dolores; pero debemos convenir en que no es tan tierna madre como se dice, y en que los seres vivos necesitan mucha energía para vivir en ella.

En el mundo natural, los fuertes viven y los débiles sucumben, y los primeros no viven sino porque sucumben los otros.

¿Es posible que esta ley fatal de la vida natural sea también la del mundo humano y social?

CARTA NOVENA

¿Los hombres están condenados, por su naturaleza, a devorarse unos a otros para vivir, como lo hacen los animales de las otras especies?

Desgraciadamente, encontramos en la cuna de la civilización humana la antropofagia, al mismo tiempo y en seguida las guerras de exterminio, la guerra de razas y de pueblos; guerras de conquista, guerras de equilibrio, guerras políticas y guerras religiosas, guerras por las grandes ideas como las que hace la Francia dirigida por su actual Emperador (1), y guerras patrióticas por la gran unidad nacional, como las que meditan por una parte el ministro paugerista y por otra el czar panslavista de San Petersburgo.

Y en el fondo de todo esto, al través de todas las frases hipócritas de que se hace uso para darse una apariencia de humanidad y de derecho, ¿qué encontramos?

Siempre la misma cuestión económica: *la tendencia de los unos de vivir y prosperar a expensas de los otros.*

Todo lo demás es una bola. Los ignorantes, los tontos, se dejan coger en ella; pero los hombres fuertes que dirigen los destinos de los Estados saben muy bien que en el fondo de todas las guerras no hay más que un interés: el pillaje, la conquista de las riquezas de otro y la apropiación del trabajo ajeno.

Tal es la realidad, a la vez cruel y brutal, que los dioses de todas las religiones, los dioses de las batallas, no han dejado nunca de bendecir; empezando

(1) En la época en que este librito fue escrito, Francia no era aún una república.

por Jehová, el Dios de los judíos, el Padre Eterno de Nuestro Señor Jesucristo, que mandó a su pueblo escogido a asesinar a todos los habitantes de la Tierra prometida, y concluyendo por el Dios católico, representado por los papas, que, en recompensa del asesinato de los paganos, de los mahometanos y los herejes, dieron la tierra de esos desgraciados a sus asesinos llenos de sangre.

A las víctimas, el infierno; a los verdugos, sus despojos, los bienes de la tierra.

Ese es, no otro, el objeto de las guerras más santas, de las guerras religiosas.

Es evidente que, hasta la fecha al menos, la humanidad no ha procurado excepción a la ley general de la animalidad que condena a todos los seres vivos a devorarse unos a otros para subsistir.

El socialismo, poniendo en lugar de la justicia política, jurídica y divina, la justicia humana, reemplazando el patriotismo por la solidaridad universal de los hombres, y la competencia económica por la organización internacional de una sociedad fundada en el trabajo, será el único que pueda acabar con estas manifestaciones brutales de la animalidad humana, con la guerra.

Pero, hasta que haya triunfado en el mundo, todos los congresos burgueses por la paz y por la libertad protestarán en vano, y todos los Víctor Hugo del universo los presidirán en balde; los hombres continuarán devorándose unos a otros como las fieras.

Está bien demostrado que la historia humana, como la de todas las otras especies de animales, comenzó por la guerra.

Esta guerra, que no tuvo ni tiene más objeto que conquistar los medios de vida, ha pasado por diferentes fases de desarrollo, paralelas a las distintas fases de la civilización, es decir, del desarrollo de las necesidades del hombre y de los medios de satisfacerlas.

Así, animal omnívoro, el hombre ha vivido primero como todos los otros animales, de frutas y de plantas, de caza y de pesca. Durante muchos siglos, sin duda, el hombre cazó y pescó cual hoy aun lo

hacón los animales, sin ayuda de más instrumentos que los que la naturaleza le había dado.

La primer vez que se sirvió del arma más grosera, de una simple estaca o de una piedra, hizo acto de reflexión, se afirmó, sin sospecharlo indudablemente, como un animal pensante, como hombre; porque la más primitiva de las armas debiendo necesariamente adaptarse al fin que el hombre se propone alcanzar, supone cierto cálculo, cálculo que distingue esencialmente al hombre animal de todos los animales de la tierra. Gracias a esta facultad de reflexionar, de pensar, de inventar, el hombre perfeccionó sus armas, muy lentamente, es cierto, a través de muchos siglos, y se transformó por esto mismo en cazador o en bestia feroz armada.

Llegados a este primer grado de civilización, los pequeños grupos humanos tuvieron naturalmente más facilidad para alimentarse matando a los seres vivos, sin exceptuar a los hombres, que habían de servirles de alimento, que las bestias privadas de estos elementos de caza o de guerra; y como la multiplicación de todas las especies animales está siempre en proporción directa con los medios de subsistencia, es evidente que el número de hombres debía aumentar en una proporción más fuerte que el de los animales de las otras especies, y que, por último, debía llegar un momento en que la naturaleza inculta no podría ya bastar para alimentar a todo el mundo.

CARTA DECIMA

Si la razón humana no era progresiva ; si, apoyándose por una parte en la tradición que conserva en provecho de las futuras generaciones los conocimientos adquiridos por las generaciones pasadas, y propagándose de uno a otro lado, gracias al don de la palabra que es inseparable del pensamiento, no se desarrollaba más cada vez ; si no se hallaba dotada de la facultad ilimitada de inventar nuevos procedimientos para defender la existencia humana contra todas las fuerzas naturales que le son contrarias, esta insuficiente de la naturaleza habría sido necesariamente el límite de la multiplicación de la especie humana.

Pero, gracias a la preciosa facultad que le permite saber, reflexionar, comprender, el hombre puede franquear ese límite natural que detiene el desarrollo de todas las demás especies animales. Cuando las fuentes naturales estuvieron agotadas, creó otras artificiales. Aprovechando, no su fuerza física, sino su superioridad intelectual, se puso no ya simplemente a matar para devorarlos en seguida, sino a someter, a educar y a cultivar hasta cierto punto los animales salvajes, para hacerles servir a sus fines. Y así es todavía como a través de los siglos, grupos de cazadores se transformaron en grupos de pastores.

Esta nueva fuente de existencia multiplicó naturalmente más aun la especie humana, lo que puso a esta última en la necesidad de crear nuevos me-

dios de subsistencia. No bastando la explotación de los animales, los grupos humanos se pusieron a explotar la tierra. Los pueblos nómadas se transformaron así a través de otros muchos siglos en pueblos cultivadores.

En este período de la historia es cuando propiamente se estableció la esclavitud. Los hombres, animales salvajes como los más, comenzaron por devorar a sus enemigos muertos o hechos prisioneros.

Mas, cuando empezaron a comprender la ventaja que había para ellos en hacerse servir por las bestias o en explotarlas sin matarlas en seguida, muy pronto debieron comprender el provecho que podían sacar de los servicios del hombre, el más inteligente de los animales de la tierra. El enemigo vencido no fué ya devorado, sino hecho esclavo, obligado a hacer el trabajo necesario para la subsistencia de su señor.

El trabajo de los pueblos pastores es tan ligero y tan sencillo que no exige casi el trabajo de los esclavos.

Así, vemos que en los pueblos nómadas y pastores, el número de esclavos es muy reducido, por no decir nulo.

No ocurre lo propio en los pueblos sedentarios o agrícolas. La agricultura exige un trabajo asiduo, diario y penoso. El hombre libre de los bosques y los valles, el cazador como el pastor, se sujetan con mayor repugnancia. Así, vemos hoy todavía en los pueblos salvajes de América, por ejemplo, que es en el ser relativamente más débil, en la mujer, en quien se ceban todos los trabajos más duros y más desagradables. Los hombres no conocen otras tareas que la caza y la guerra, que en nuestra sociedad misma son tenidas por las más nobles, y desprecian todas las otras ocupaciones, permanecen tumbados fumando perezosamente sus pipas, mientras que sus desgraciadas mujeres, las esclavas naturales del hombre bárbaro, sucumben bajo el peso de su faena diaria.

Un paso más en la civilización, y el esclavo toma el papel de la mujer. Bestia de suma inteligencia, obligado a llevar toda la carga del trabajo corporal,

crea el ocio y el desarrollo intelectual y moral de su señor.

...
Bakounine anunció una continuación de este importante trabajo. Los numerosísimos escritos que siempre tenía en planta, debieron hacerle olvidar el presente. Por otra parte, toda la obra del gran agitador ha quedado incompleta; su poderosa imaginación, que todo lo quería abarcar, que todo lo abarcaba, nunca pudo acabar la inmensa tarea que se imponía. La voluntad era mayor que la fuerza, con todo y serlo ésta mucho, en aquel hombre grande entre los grandes. Pero, incompleto y todo, nos atreveremos a asegurar que el lector español ha de agradecernos la publicación de este libro.

C.D.H.S. - A.E.P.
Barcelona

LOS PEQUEÑOS GRANDES LIBROS

A 35 y 65 céntimos cada tomo (*)

- 1 Pedro Kropotkin.—Un siglo de espera.—El gobierno revolucionario.
- 2 Eliseo Reclus.—El porvenir de nuestros hijos.
- 3 Miguel Bakounine.—El patriotismo.
- 4 Carlos Malato.—Antes del momento.
- 5 Julio Guesde.—La ley de los salarios.
- 6-7 Herbert Spencer.—Demasiadas leyes.
- 8 Juan Grave.—Educación burguesa y educación libertaria.
- 9 A. Schopenhauer.—Los dolores del mundo.
- 10-11 G. León Tolstoy.—Lo que yo pienso de la guerra—(¡Despertad!).
- 12 E. Malatesta.—La anarquía.
- 13 Ernesto Renan.—El liberalismo clerical.
- 14-15 Luisa Michel.—La Commune.
- 16-17 Pedro Kropotkin.—Los tiempos nuevos.
- 18 Federico Engels.—Socialismo utópico y socialismo científico.
- 19-20 Emilio Littré.—El árbol del bien y del mal.—La idea de justicia.
- 21-22 Carlos R. Darwin.—Las facultades mentales en el hombre y en los animales.
- 23-24 Emilio Zola.—Estudios críticos.
- 25-26 Flammarión.—Un viaje por los cielos.
- 27-28 Pablo Lafargue.—El derecho a la pereza.
- 29 al 32 J. Novicow.—El porvenir de la raza blanca (2 tomos).
- 33 E. Vandervelde.—El socialismo agrícola.
- 34 Samuel Smiles.—La disciplina de la experiencia.
- 35-36 Ernesto Hæckel.—Maravillas de la vida.
- 37 E. Malatesta.—Entre campesinos.
- 38 Max Nordau.—Crítica contemporánea.
- 39-40 Augusto Bebel.—Socialización de la sociedad.
- 41 al 44 Carlos Albert.—El amor libre (dos tomos).
- 45-46 G. León Tolstoy.—Nuevas orientaciones.
- 47-48 Juan Jaurés y Pablo Lafargue.—El concepto de la historia (controversia).
- 49-50 Proudhon.—Psicología de la revolución.
- 51-52 Kropotkin.—El Estado.
- 53-54 Maerlinch.—La justicia.
- 55-56 Nietzsche.—Opiniones. (Para todos y para nadie).
- 57-58 P. Sala.—La revolución intelectual.
- 59 Pedro Kropotkin.—La moral anarquista.
- 60 Pedro Gori.—La anarquía ante los tribunales.
- 61 E. Malatesta.—En el café.
- 62-63 Juan Grave.—La sociedad del porvenir.
- 64-65 Gustavo Hervé.—La humanidad futura.
- 66-67 Albert Richard.—Manual del socialista.
- 68-69 Juan Jaurés.—La paz y el socialismo.
- 70 Carlos Malato.—Desenvolvimiento de la humanidad.
- 71-72 Pablo Lafargue.—Por qué cree en Dios la burguesía.
- 73-74 A. Hamon.—La revolución a través de los siglos.
- 75-76 Antonio R. Zúñiga.—El apostolado de la mentira.